

MICHAEL McCARTHY:

Discourse Analysis for Language Teachers
Cambridge: Cambridge University Press. 1991, 213 páginas

En el primer capítulo, el autor delimita brevemente el ámbito del análisis del discurso, presentándolo como un área bastante amplia dentro del desarrollo actual de los estudios del lenguaje. Se detiene a examinar el lugar de la cláusula y de la oración en los estudios de orientación discursiva. McCarthy se refiere muy someramente a algunos modelos de discurso, los que desarrolla más ampliamente a través del libro.

Este capítulo incluye, además, otras materias que sólo se mencionan como, por ejemplo, el problema del discurso en su entorno social, lo cual es retomado con posterioridad teniendo como referencia el modelo de Halliday del lenguaje como acción social.

En esta introducción se comentan, en forma general, los fundamentos de la enseñanza de idiomas del modo como se la entiende tradicionalmente y que incluyen, entre otros, los niveles de descripción del idioma (gramática, lexis y fonología) y las destrezas que se emplean en las actividades a que se abocan los usuarios de un idioma (lectura, escritura, comprensión y producción oral).

Finalmente, se ofrecen sugerencias relativas a materiales y técnicas de enseñanza, cuestiones en las que el análisis del discurso, en opinión del autor, debería ocupar un lugar más destacado.

En el capítulo segundo se presenta una serie de conceptos gramaticales y se trata de demostrar el modo en que el análisis del discurso ha contribuido a la comprensión de la relación entre opciones limitadas o restringidas dentro de la cláusula y de la oración y la organización del discurso visualizado como un todo coherente. McCarthy opina que cuando los hablantes y los autores de textos producen un discurso, a la vez que están ocupados construyendo cláusulas, están "monitoreando" el desarrollo de un discurso más amplio. En éste, las opciones restringidas ya mencionadas reflejan simultáneamente la preocupación por que tal discurso sea una instancia reconocible de producción para un público ya sea real o proyectado. Un enfoque discursivo orientado hacia la gramática podría sugerir no sólo un énfasis mayor en contextos más amplios que la oración, sino también una redistribución de prioridades en términos de lo que se enseña en relación a materias tales como el orden de las palabras, los artículos, la elipsis, el tiempo y el aspecto y algunas otras categorías.

Si se visualiza la gramática desempeñando un rol directo en los procesos de integración de cláusulas y oraciones dentro del discurso, ¿qué sucede con las palabras?, ¿qué papel desempeña la selección del vocabulario en el proceso discursivo? Se intenta responder éstas y muchas otras inquietudes en el capítulo siguiente.

En el tercer capítulo se plantea que el estudio del vocabulario en el discurso se relaciona con patrones presentes en el texto, los cuales se producen por las relaciones de las palabras que se encuentran en los límites de la cláusula y de la oración, por el rol de ciertas palabras al organizar los discursos y señalar su estructura y por la relación entre estos rasgos de textualidad y el estilo en que se estructura finalmente el discurso. Este enfoque, en opinión del autor, ofrecería una motivación alternativa para el diseño de un listado de palabras que complementa la orientación tradicional de los estudios semánticos. Se propone motivar a los estudiantes mismos a que detecten ítemes de tipo funcional-discursivo, lo que será cada vez más importante a medida que el alumno se interese por la composición en general. El autor sugiere que tal recopilación puede ofrecer un apoyo muy valioso en áreas de aprendizaje con un marco teórico insuficiente para un mejor desarrollo.

Se trata, en suma, de adaptar lo que sea útil del análisis del discurso a las prácticas vigentes; ello dependerá del grado de atención que los profesores y autores de materiales presten a los hallazgos entregados por las investigaciones efectuadas en este campo de estudio.

En el capítulo siguiente se plantea una interrogante: ¿debemos dejar que la entonación se desarrolle por sí misma o debemos enseñarla? El autor ofrece algunos argumentos que favorecen la segunda alternativa. A este respecto, comenta cómo dentro de ciertos dialectos y variedades del inglés algunos tonos específicos parecen desempeñar diferentes funciones. Algunos investigadores sostienen haber encontrado diferencias significativas en la distribución de tonos en el caso del inglés en comparación con otras lenguas, existiendo

incluso interferencias de tonos ingleses, como ocurre, por ejemplo, en el alemán y en el holandés. Sin embargo, no todos los problemas de los alumnos en este plano pueden ser explicados por el análisis contrastivo. El autor observa, por ejemplo, que los alumnos de niveles básicos a menudo deben codificar enunciados en la segunda lengua palabra por palabra y, en estas circunstancias, no se puede lograr una agrupación apropiada de tonos y de transformaciones de énfasis, entre otros problemas prosódicos. McCarthy aporta algunas sugerencias metodológicas, tales como dar a los alumnos la oportunidad de practicar patrones de entonación usando palabras y frases que les sean familiares, evitando así invertir demasiado esfuerzo en el nivel léxico-gramatical de la codificación. Otra alternativa sería usar distintas modalidades del lenguaje oral, como el discurso dramático (*scripted drama*). Se ha demostrado que es fácil encontrar variaciones amplias de tono en situaciones de actuación, las que podrían constituir un buen contexto donde señalar las características de la entonación.

Ciertamente se pueden derivar conclusiones prácticas de las descripciones de las situaciones de interacción que se examinan en este capítulo. Por una parte, los patrones de entonación descendente y descendente-ascendente constituyen los tonos más útiles para el alumno en las etapas iniciales de sus estudios, dado que se emplean en funciones cotidianas básicas; por otra, se prestan para ser presentados contrastivamente dentro de una misma emisión.

El sistema de llave (*key system*) es relativamente fácil de captar; en efecto, resultaría simple componer diálogos y estructurar situaciones contextualizadas para extraer diferentes llaves. En forma similar, los tonos ascendentes y descendentes, cuando ocurren en los límites de los tópicos y subtópicos, pueden practicarse en conversaciones preparadas y en la narración de anécdotas. En opinión del autor, este nivel de práctica es probablemente más fácil de manejar que el intentar deducir o extraer en forma global un complejo sistema de alternativas que incluye, entre otros, tono, entonación, acentuación, ritmo y pronunciación.

En el capítulo siguiente, el autor concluye que distintos tipos de discursos verbales pueden ser analizados en términos de sus patrones típicos y por las realizaciones lingüísticas que permiten proyectarlos a la superficie; por ejemplo, en las transacciones comerciales, en las llamadas telefónicas, en conferencias, entrevistas cortas, reuniones para compartir problemas, etc., la literatura especializada del análisis del discurso abunda en estudios detallados de una amplia gama de estos patrones tipos. Estos estudios a menudo no se realizan con un objetivo pedagógico claro; sin embargo, son bastante útiles para profesores de lenguas y autores de textos que deseen crear programas sistemáticos que incluyan habilidades verbales y diseñar actividades con un output lo más próximo posible a una conversación espontánea. La naturalidad absoluta es probablemente imposible en la sala de clases; no obstante, la sensación de estar involucrado en una actividad auténtica es importante para el alumno, como lo es la sensación de estar aprendiendo oraciones también auténticas a la vez que vocabulario empleado en la vida real. McCarthy se muestra convencido respecto al hecho de que el análisis del discurso puede proveer información que la intuición no puede aportar en cuanto al uso auténtico del lenguaje.

El examen del discurso se realiza tanto en unidades breves como en textos extensos y se intenta relacionar estos estudios con los objetivos y métodos de los profesores de lenguas en la sala de clase. Nos ofrece, además, información referente a actividades típicas que los alumnos de lenguas deben realizar. Adicionalmente, contrasta la producción de hablantes no nativos con la de nativos, usando a estos últimos como punto de referencia para evaluar a los primeros. Aporta, finalmente, orientaciones para diseñar actividades de este tipo en la sala de clase.

El autor se refiere, en el sexto y último capítulo, entre otras cosas, a la influencia del análisis del discurso en la enseñanza de la lectura. Se señala que no se puede explicar el esquema discursivo en el macronivel sin prestar debida atención al rol de la gramática y del léxico; de igual modo, se enfatiza que no se puede promover una buena lectura sin considerar las habilidades globales y locales en conjunto.

En años recientes, la discusión en torno a la enseñanza de la lectura se ha centrado en dos aspectos: la descripción, paso a paso, del texto desde elementos textuales menores, tales como palabras o segmentos de oración (*bottom-up*), o bien usando pistas del macronivel para decodificar el texto (*top-down*). El debate pareciera haber llegado a un punto de consenso en cuanto a la decodificación local y la global, pareciendo existir acuerdo respecto al hecho de que los lectores eficientes usan estas dos alternativas de procesamiento en forma paralela.

McCarthy sugiere operar con cautela en el tratamiento tanto del micronivel como del macronivel del discurso. En el caso de la cohesión, por ejemplo, el autor subraya el hecho de que la relación entre cohesión y coherencia es algo difusa y que el centrarse en recursos cohesivos para propósitos de lectura no garantiza un camino del todo claro para una interpretación coherente del texto. En el análisis del macronivel, mucho

se ha trabajado en los últimos años en base a la teoría de los esquemas, es decir, en el rol que el conocimiento previo desempeña en la capacidad del lector para comprender un texto. Esta teoría sostiene que el conocimiento nuevo sólo puede ser procesado coherentemente cuando se lo vincula a esquemas de conocimientos ya existentes; en efecto, el lector eficiente activa los esquemas necesarios para lograr la decodificación del texto que lee.

En este capítulo se retoma la idea de que la comprensión oral y la lectura son procesos activos, lo que queda de manifiesto en el hecho de que tanto los buenos oyentes como los buenos lectores tiendan constantemente a segmentar el discurso, utilizando para ello sus patrones entonacionales, aspectos ortográficos y características léxico-gramaticales. Es evidente también que los buenos oyentes y buenos lectores siempre predicen el desarrollo posterior del texto en los dos niveles de análisis ya señalado. Este acto de predecir se manifiesta de un modo exacto en relación con los contenidos o puede adoptar la forma de una predicción más difusa por medio de un conjunto de preguntas que el autor contesta durante la lectura del texto. El texto se visualiza simultáneamente como un objeto que surge de un contexto y de un conjunto específico de nociones de conocimiento de mundo y, además, se lo interpreta como un mensaje conocido en el cual el escritor no sólo ha codificado contenidos sino que también ha provisto pistas en sus diversas etapas para guiar al lector a través de la lectura.

Al concluir esta reseña, nos gustaría señalar que algunas de las materias aquí presentadas requerirían de un tratamiento más profundo. Entendemos, sin embargo, que el análisis del discurso es un área de estudios que ha determinado nuevos enfoques y, en esa medida, nos ha permitido una comprensión más acabada de cómo el lenguaje ocurre en contextos naturales.

A través de la lectura queda clara la idea de que aun cuando la lingüística es capaz de describir los fenómenos del lenguaje adecuadamente, ello no significa que tales descripciones puedan incorporarse directamente en el sílabo de enseñanza de una lengua extranjera. El análisis del discurso no constituye, en sí, ni intenta serlo, un método para enseñar lenguas; se trata, de hecho, de un modo fundamentalmente diferente de mirar el lenguaje, comparado con otros modelos dominados por la oración, de tal manera que, si bien los elementos tradicionales de la gramática, lexis y fonología continúan siendo examinados, su rol es reevaluado en términos de sus funciones al interior del texto.

En última instancia, naturalmente, corresponde al profesor decidir si adopta o no el enfoque discursivo y, de hacerlo, actuar consecuentemente en su rutina de estudios, planificación, diseño de materiales, metodología y la administración de sus clases.

MARCELLE CEPEDA
UNIVERSIDAD DE CHILE